

LA VIDA EN BETHLEM

Catalina Caballero Varona

Londres, 1870

Amara Delancey, antes Flanagan, imaginaba que Clayton Delancey, Barón de Carlisle, tendría mejores cosas de las que encargarse que de ella, pero igualmente nunca habría llegado a sospechar que se desentendería por completo de su esposa. Seguía siendo un hombre amable y extremadamente cortés, no faltaba su charla amena durante el desayuno, el almuerzo y la cena. Pero había una barrera entre los dos que por el momento parecía insalvable. Lo que decía no iba acompañado de su mirada; parecía estar teniendo otra conversación consigo mismo, una más importante, y otra que le daba la sensación de que le estaba matando por dentro.

Amara tenía que ejercer de actriz para agradarle y mantener así la convivencia, pero a menudo se veía tentada de asaltarle y preguntarle cómo le había sentado la noticia de Su Majestad, que le había negado el título de Marqués. Ella jamás había deseado tanto como aquel hombre había ansiado ese dichoso título, y se lo habían quitado antes de que pudiera aspirar a tenerlo entre sus brazos... No podía llegar a imaginarse cómo podría estar sintiéndose. Inútil, desesperado, impotente... Tantos sentimientos aferrados a sus entrañas y que nunca podría conocer porque él nunca dejaba una pista a la que agarrarse.

De todos modos, había algo bueno en su cortesía distante, y es que no asomaba las narices en sus asuntos privados. Fuera porque había resultado creíble en su papel de dama cabeza hueca que pocos intereses tenía más allá de un paseo matutino, o fuese porque Clayton *realmente* no estaba por la labor de averiguar lo que a ella le concernía, Amara podía salir y entrar sin que le avasallara con preguntas. En resumen, su indiferencia la desesperaba, le frustraba y le dolía intensamente, pero era un factor a favor de sus visitas.

El hospital de Bethlem¹ parecía, de puertas para afuera, casi un habitáculo de la reina. Se extendía longitudinalmente de manera que el ojo humano no podía captarlo en su totalidad si no hacía el esfuerzo de doblar el cuello, y al cruzar la pasarela de jardines que daban a la entrada, se llegaba a una portada donde columnas de orden gigante franqueaban la puerta a un interior no tan agradable. Las visitas a Bethlem n estaban autorizadas salvo contadas excepciones, debido a que antaño, algunos grupos se habían congregado frente a las celdas para burlarse de los enfermos por un simple penique.

Ella tenía que ir acompañada de Joyce, su doncella, quien conocía a una de las enfermeras del lugar, para poder colarse más de una vez al mes. No, definitivamente no acudía tantas veces como quería. Y no, no visitaba aquel desagradable tugurio de novela de terror por amor a los menos desafortunados.

Amara entró y, como de costumbre, el olor a orina y deposiciones la obligó a llevarse un pañuelo a la nariz. Sabía que le costaría acostumbrarse a algo así, y por eso penaba profundamente en nombre de os que allí vivían. En especial, por él.

Pensaba con amargura en que había cumplido la sugerencia de Clayton de encontrar otros intereses. Y esos en concreto, aunque le habían sido impuestos por el amor que le profesaba, la herían de muerte cada vez que sus pensamientos se desviaban a la situación. La situación de un hombre tachado de loco, pudriéndose al otro lado de unos barrotes oxidados y envuelto en una gruesa capa de suciedad.

No quedaba nada del hombre que ella conoció y que amaba más que a sí misma. Estaba hecho un ovillo en la cama, con la mirada perdida y el cabello ennegrecido por las manchas, el hollín y el agua sucia con la que se lavaban. Ese cabello que una vez fue del color del oro viejo, lustroso y elegante... La melena leonesa de un caballero de a pie.

Cuando lo vio la primera vez tuvo que acordarse de la determinación que Clayton mostraba sin importar las circunstancias en las que se hallara. Si no se hubiera aferrado a eso, se habría rendido a un llanto insoportable.

Él se quedó inmóvil un momento, como si lo hubieran atornillado al suelo y supiera que nunca podría levantarse. Amara esperó con paciencia infinita a que el hombre se fuera incorporando, muy despacio, sin reconocer su propio cuerpo. Apenas vestía una camisa harapienta que en otro tiempo pudo haber sido blanca.

Se levantó, pero no caminó hacia ella. La observó en la lejanía con aquella delirante mirada triste y fría que solía ser un arma de doble filo para seducir y desafiar. Le costó un buen rato reconocerla, pero cuando lo hizo -y fue evidente por el cambio de semblante-, no reaccionó con alegría.

- Vete -murmuró, con el cuerpo temblando violentamente con suspiros de quebranto-. No deberías haber venido. Este lugar no es para ti.

- Ni para ti tampoco. ¿Temes por mi reputación o por mi sensibilidad? Después de vivir lejos de ti todo me ha parecido poco castigo. Acércate por favor -suplicó, avanzando. Agarró los barrotes y acercó la cara al hueco-. Si estoy aquí es solamente por ti.

Él se encogió, abrazándose los hombros y negando con la cabeza.

A Amara se le encogió el corazón al comprobar lo que habían hecho de él en tan solo dos años. Había sido un hombre elegante, con la apostura digna de su abolengo: un caballero de alta cuna dueño del refinamiento

que muchos titulados después de las Guerras Napoleónicas habrían querido para sí. Había sido envidiado, respetado... El hombre más salvajemente bello y afortunado de Irlanda. Y ahora era solo... un engendro comido por el pesar.

- No. Vuelve a casa. Vuelve a Irlanda, Am. No podrás sacarme de aquí.

- Sí que podré. Cueste lo que cueste. Te sacaré de aquí y nos iremos. Viajaremos al otro lado del océano si hace falta. Conseguiré dinero como sea y viviremos dignamente en cualquier parte del mundo. Te quiero -agarró los barrotos con más fuerza, conteniendo en vano el temblor que se la llevaría al Infierno si no lo salvaba-. Te quiero y siento tanto no haber venido antes... siento tanto...

Él redujo el espacio que los separaba agarrando también los barrotos, quedando cara a cara.

A pesar de las sombras que teñían el ambiente de lóbreguez y tinieblas, pudo reconocer sus rasgos. Nariz recta y patricia, carnosos labios, pómulos altos y mandíbula prominente... Y esos transparentes ojos verdes que ahora, ahogados en desesperación, manifestaban una ligera inclinación a la locura.

Pero él no estaba loco. Detrás de todo eso había furia rabiosa. Un torbellino a punto de arrasar con todo a su paso, y lo peor: deseoso de arrastrar al mundo entero consigo.

- Tú no tienes la culpa de nada. Nunca podrías haberlo evitado. Yo... -cerró los ojos y rozó el suave dorso de la mano de Amara con sus dedos rugosos y arrugados-. Es aquí donde pertenezco ahora, *mo áthas*²... Es donde merezco estar. Soy un enfermo, y tú... Tú aun tienes mucho que ver, que hacer y que vivir. Mírate... -en sus ojos brilló el orgullo un instante antes de que le consumiera la ira-. Eres toda una dama. Aférrate al futuro brillante que te espera y olvídate de mí. No querrás cargar con este lastre de por vida.

- ¿No me has oído? Te quiero -repetió-. *Is breá liom thu*³. Voy a sacarte de aquí y voy a darte otra oportunidad. ¿Me oyes? Solo... Sé fuerte. Resiste.

Él la miró con una mueca compungida.

- Lo intento. Lo estoy intentando, pero hay... Hay castigos que me están volviendo loco de verdad. Este lugar es inhumano, Am -gimoteó-. He visto entrar a hombres y mujeres como yo... Hombres y mujeres que estaban bien, que fueron a parar a este sitio por equivocación... Y han acabado suicidándose.

El corazón de Amara se aceleró.

—No, no, no por favor... Por favor, no te dejes manipular. No permitas que nada influya. Escúchame y ten fe. Si en dos años no lo han conseguido, no lo van a conseguir ahora.

Él apretó los labios y negó.

—La gente nos visita para reírse de nosotros, Am. Desde que murió el doctor Hood, quien mantenía más o menos el orden, todo ha sido un desastre. Hemos vuelto al siglo XVII. Los carceleros... Los enfermeros dejan pasar a la gente en grupos reducidos, y por un penique tienen “el show de Bethlem”. Los que gritan, lloran y se golpean son los preferidos, pero los hay que prefieren tener cierta participación en la escena... Nos tiran toda clase de objetos, a menudo punzantes, y piden todo tipo de números. A veces que bailemos, otras que cantemos, que hagamos malabares... Es... Es horrible. Nos han arrebatado nuestra dignidad y nuestro orgullo, y eso es peor que la higiene, la esperanza o la paz mental.

- ¿Qué es un hombre o una mujer sin dignidad, Am? No somos nada -siseó, apretando los puños-. Nos hemos convertido en muñecos que bailan al son de quienes vienen a vernos. Los castigos superan la crueldad humana y rozan lo animal. Nos encadenan y dan palizas... Ha habido casos de hombres a los que han dejado sordos a golpes. A uno le dieron

en la garganta tan fuerte que ya no puede hablar. ¿Sabes... lo que es la terapia de la bañera⁴? ¿Sabes lo que es... ver los cadáveres de toda esa gente... ver cómo los diseccionan para averiguar las supuestas causas de la locura? Quizá sobreviva a lo que he sufrido, pero no sobreviviré a lo que he visto, Amara. No podré.

- Sí que lo harás -insistió con un nudo en la garganta. Todo lo que había narrado estaba escrito en sus ojos. Así fue como supo que fuera a donde fuese, estaría contando su propia historia de terror con una sola mirada-. Yo te daré toda la fe que necesitas. Vendré siempre que pueda, te lo prometo.

Él la miró sin esperanza alguna, pero Amara se mantuvo en sus trece. Nadie podía interponerse en sus objetivos, y no había nada más importante que sacarle de allí y darle la vida que merecía.

Nada.